



DORIS LESSING, escritora británica ganadora del Premio Nobel de Literatura en 2007, nació en 1919 en la localidad persa de Kermanshash. Cuando contaba seis años, su familia se traslada a Rhodesia, hoy Zimbabwe, donde pasa su infancia y juventud. A los quince años abandona los estudios prosiguiendo su formación de manera autodidacta. En 1937 se independiza, deja la granja de sus padres y se va a la ciudad, donde se inicia en el mundo de la escritura.

En 1949 se traslada a Inglaterra, donde publica su primera novela, *The Grass is Singing* (Canta la hierba, 1950), ambientada en África. Publica luego una serie que, con el título genérico de *Hijos de la violencia*, dio comienzo con *Martha Quest* (1952) y terminó con *La ciudad de las cuatro puertas* (1969).

Su obra más conocida es *The Golden Notebook* (El cuaderno dorado, 1962), un relato que durante años ha sido considerado un clásico de la literatura feminista.

De su obra de madurez caben destacar *Diario de una buena vecina* (1984), *La buena terrorista* (1985), *El quinto hijo* (1988), y los dos volúmenes de su autobiografía: *Dentro de mí* (1994) y *Un paseo por la sombra* (1997). También *Mara y Dann* (1999) y *El sueño más dulce* (2002), novelas con un indiscutible contenido autobiográfico.

Doris Lessing, que militó en el Partido Comunista Británico entre 1952 y 1956, fue declarada persona non grata por los gobiernos de África del Sur y Rhodesia especialmente. En 1995 regresó a Sudáfrica para visitar a su hija y a sus nietos y presentar una autobiografía que, según ella misma reconoce, era necesaria para dar su versión de unos hechos que los jóvenes de hoy ni siquiera saben que existieron. Después de haber publicado medio centenar de obras, sigue escribiendo cada día, mientras participa activamente en las causas más diversas. En la actualidad defiende los derechos de los animales, lucha contra la contaminación del planeta, ha abrazado el sufismo y participa en el Proyecto Biblia, una versión laica del libro sagrado que fue impulsada por la editorial Fischer.



MARIAN IZAGUIRRE nació en Bilbao, en 1951. Estudió Filología Hispánica en las universidades de Deusto y Barcelona, y se licenció en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado las siguientes obras: *Fabricar noticias* (AA.VV.), Mitre, Barcelona, 1987 (ensayo), *El león dormido*, Editorial Algaida, Sevilla, 2005 (novela), *La Bolivia*, Editorial Aguaclara, Alicante, 2003 (novela), *El ópalo y la serpiente*, Guadalquivir Ediciones, Sevilla, 1996 (novela), *Para toda la vida*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1991 (novela), *La vida elíptica*, Diseño Editorial, Madrid, 1991 (novela), *Cuentos para la memoria* (AA.VV.), Huelva, 2002 (libro de cuentos), *Nadie es la patria, ni siquiera el tiempo*, Caja España, Valladolid, 1999 (libro de cuentos), *El "De Soto" de Rita Hayworth y diecinueve cuentos más* (AA.VV.), CECA, Madrid, 1992 (libro de cuentos), *La Gala* (AA.VV.), Ediciones Torremozas, Madrid, 1990 (libro de cuentos), *Un ángel en la basura*, Ayuntamiento de Sevilla, 1989 (libro de cuentos), *Lucías letzte Liebe*, Der Club Bertelsmann, 2008 (novela), *Lucías letzte Liebe*, Goldman Verlag, Múnich, 2008 (novela), *Der opal und schlange*, Goldmann Verlag, Múnich, 1998 (novela), *Opalen og slangen*, Centrum, Denmark, 1998 (novela), *A opala e a serpente*, Difel, Portugal, 1997 (novela).

Entre otros ha obtenido los premios Sésamo, Andalucía de novela, Ana María Matute, Ciudad de Salamanca y Caja España de libro de cuentos.

⇒ marian@marianizaguirre.com

LAS DAMAS DE SHANGHAI
Doris Lessing visita a Elizabeth Costello

MARIAN IZAGUIRRE

RESUMEN

África. El ancestral país de los zimbabwé. Una granja de tres mil acres. Lo primero que existe son las paredes de barro y los techos de paja que se levantan provisionalmente y que luego se convierten en un hogar que hay que rehacer cada año después de las lluvias torrenciales. Una niña deambula por las selvas y sabanas, sola con su fusil y un perro. Y luego esa niña se convierte en la joven oficinista de un bufete de abogados de Salisbury. El mundo de los colonos blancos. Vienen después el marxismo y los matrimonios fallidos. Y más tarde la huida a Europa.

Inglaterra. Dos baúles, un hijo y 150 libras. El feminismo y la lucha política. La vida es como esa granja de Zimbabwé que hay que reconstruir cada año. La mujer de accidentada vida que nació en Persia y vivió en África se convierte en una escritora reconocida. Viaja. Asiste a congresos. Lucha para erradicar las desigualdades, es enérgica, vehemente, incansable. Ahora es una mujer de ochenta y ocho años que cuida de su hijo Peter y que combate (todavía) en diferentes lizas: la ecología, la defensa de los animales, la lucha contra las guerras, las invasiones... Y se enfrenta a todo (incluso al terrible esfuerzo que trae consigo la concesión del Premio Nobel) con una vehemencia lúcida, la que produce haber entrado y salido con pasión y coherencia de los grandes ismos del siglo XX.

⇒ PALABRAS CLAVE: Blanco y negro, Europa y África, espejos, mujeres, inconformismo, independencia, sabiduría, memoria; conocer, saber, ver, penetrar en ese mundo que hay al otro lado de... todo. Sobre todo.

El primer libro que leí de Doris Lessing tiene ahora las páginas amarillentas. Al abrirlo las hojas sueltan un sonido abarquillado, como si se quejaran del paso del tiempo. Es una encuadernación rústica y un poco primitiva, cosida con hilo vegetal gris. Compré este libro en Cuba, a principios de los años ochenta, en una de esas librerías destartaladas de la calle O'Reilly. Eran tan baratos y había tan poco donde elegir que recuerdo haber adquirido indiscrimina-

damente un diario del Che, la historia de las armas, grados, uniformes y organización del Ejército Libertador, varios cuentos infantiles de la Editorial Progreso de Moscú, algunos libros de arte entre los que había un volumen de pintura veneciana (con una preciosa lámina de Caterina Cornaro, la reina de Chipre, pintada por Gentile Bellini y que con el tiempo se transformó en la historia de uno de mis libros), y también esta recopilación de los primeros cuentos y novelas de Doris Lessing que los editores cubanos agruparon bajo el título de *El hormiguero*. Son dos cuentos y tres novelas breves, todos de ambiente africano. Ahí está la génesis de la escritura de esa mujer que, mientras se escribía este artículo, fue galardonada con el Premio Nobel.

Sí, ése es el comienzo. África. Un país que se llama Rhodesia y que es el antiguo reino de los zimbabwe. En el momento de la conquista británica Zimbabwe (en lengua shona quiere decir «el recinto de un jefe») estaba dividido en dos territorios: el de los shona, al norte, y el de los matabele al sur. Ambos territorios eran codiciados tanto por los bóers como por los ingleses, pero fue el avispado Cecil John Rhodes quien conquistó las tierras que fueron llamadas Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur en su honor. Y a ese territorio llega la familia Tayler, el padre mutilado en la Primera Guerra Mundial, la madre, una enfermera que le cuidó en el hospital, y los hijos. Una pequeña de seis años que crece entre la granja, en la que los negros cultivan maíz y tabaco, y el colegio de monjas donde la obligan a bañarse con una tabla en el cuello para que no pueda ver su propio cuerpo desnudo. Conocer, saber, ver, penetrar en ese mundo que hay al otro lado... de la vida de los colonos blancos. Y eso es lo que ve. Eso será lo que guarde en su mente de escri-

tora que aún no escribe. La segregación. El abismo entre dos mundos. Las injusticias sociales, los delgados panfletos azules (la *Ley de empleo de los nativos adolescentes*, la *Ley de inscripción* o la *Ley de alojamiento de los nativos*) con los que el Gobierno de los administradores blancos intenta vertebrar un país que se ha quedado sin esqueleto. Esos panfletos que se filtran en los primeros cuentos y novelas como una parte más de la historia que la joven Doris intenta contar.

Ahora es una muchacha de pelo oscuro y rizado, tiene unos destellantes ojos verdes que con los años se volverán un poco azules y mucho más sabios, y está llena de anhelos. Conocer, saber, ver, penetrar en ese mundo que hay al otro lado... de las granjas. El mundo de las ciudades. Y allí va, a Salisbury, con quince años y un empleo de telefonista en el despacho de unos abogados. Seguramente es en esta época cuando archiva en la memoria esos otros textos que luego aparecerán en sus libros de manera más o menos explícita: la *Ley de Conciliación Industrial*, *El desarrollo de la trata de esclavos en el siglo XVIII*, o *La historia de una granja africana*, esa novela escrita por Olive Schreiner, en 1882, que para Sudáfrica fue tan importante como *Cumbres borrascosas* lo es para Inglaterra. De Olive Schreiner aprendió que con los materiales más burdos y humildes se puede construir una obra literaria importante y vital, que una mujer puede hacerse un lugar en ese mundo brutal, viril y precario en el que quedan enterradas las personalidades más débiles y sumisas.

Desde luego esa niña que antes vagaba por la jungla con su perro y un fusil no ha crecido para ser la esposa de un funcionario de Salisbury. A los doce años sabía conducir, cuidar cerdos y gallinas, disparar. A los quince aprendió a huir de su propia niñez (una

nube plomiza y gris que ha llevado sobre la conciencia durante toda la vida) de la única manera posible, la más directa, la que de un modo intuitivo y primario considera efectiva: consiguiendo un trabajo en la ciudad para escapar definitivamente de la rígida tutela materna. Y en Salisbury es libre. Por primera vez se siente libre. Para equivocarse, para contraer matrimonio a los diecinueve años con un funcionario rhodesiano llamado Frank Wisdom y tener dos hijos con él. Cuatro años más tarde abandonará ese matrimonio triste, opaco y escaso, insuficiente para el anhelo incansable que la hija de los Tayler adquirió mientras crecía salvaje en los tres mil acres de tierra desbrozada donde los hombres eran esclavos y los animales libres. Conocer, saber, ver, penetrar en ese mundo que hay al otro lado... del matrimonio. El divorcio. Los hijos quedan bajo la custodia del padre y otra vez la muchacha que creció en la granja de los Tayler es libre para acertar, equivocarse, o ambas cosas a la vez. No hay normas lo suficientemente sólidas como para obligarla a vivir según el cliché de los colonos blancos. Los viejos valores de la Inglaterra victoriana crecen mal en el exuberante suelo africano. Y eso que la tierra es fecunda, opulenta, generosa. Precisamente. En ese suelo germinan con abundancia las pasiones, los vicios secretos y, a veces, la rebeldía.

En Salisbury, tras el malogrado matrimonio con Frank Wisdom, y mientras los dos hijos nacidos de esa unión quedan al cuidado del padre, Doris Lessing pone en marcha su sueño de escribir, ese impulso que Frank Wisdom consideraba terrible y amenazante para su apacible condición de funcionario. Y cuando la joven madre sin hijos vuelve a sentirse libre, presa de ese feroz deseo de independencia que guía siempre sus pasos, lucha por sus sueños más secretos. Y escribe. Escribe. Escribe. Conocer, saber, ver, pene-

trar en ese mundo que hay al otro lado... de la nube espesa que fue la infancia. Escribe sobre lo que conoce, sobre un hormiguero, sobre las espantosas condiciones de vida de los nativos en su propia tierra, sobre las actitudes vergonzantes de los blancos y los intereses espurios de los estados. Escribe sobre un Gran Árbol adornado con cuentas y abalorios y sobre calles estrechas y tortuosas donde los negros malviven hacinados en ruinosas edificaciones de hojalata. Y en esos cuentos africanos se yergue a veces la chimenea de una planta eléctrica que inunda el aire con humo negro. Necesita mostrar al resto del mundo eso que sus jóvenes ojos contemplan en las ciudades africanas, algo que ella no sabe se repite en todas las urbes pobres del mundo, en los suburbios miserables de América de Sur y en los asentamientos donde la gente bebe de las charcas cubiertas de una fina capa de petróleo que les protege de los mosquitos. Eso ocurre en África, y al mismo tiempo en otras muchas partes del mundo donde el hambre y la pobreza han anidado. Hay bidones oxidados que brillan con la luz del sol y espantan a los halcones, hay ríos secos cubiertos de basura donde la gente construye sus casas mientras las garzas se congregan al atardecer en la desembocadura y las gaviotas revuelven la basura en busca de un despojo comestible. Ella ha visto todo eso. Pero también las montañas grandes y majestuosas, los cielos limpios de la sabana, el aire denso de las selvas, los árboles de grandes raíces aéreas y por eso es capaz de reconocer también las cualidades humanas de algunos colonos, escribir con compasión y honestidad sobre las gentes entre las que ha crecido, aunque critique ácidamente sus conductas. Ella ha vivido en medio de dos mundos opuestos, a un lado y al otro del espejo. Y quiere explicárselo a los demás, pero sobre todo a sí misma. Por eso necesita escribir.

Por aquella época Doris Lessing conoce a Gottfried Lessing, un militante comunista de origen alemán con el que se casa en 1943. Él es un rígido prosoviético que, según reconoce años más tarde la propia Lessing, nunca soñaba y apenas podía creer que hubiera gente que soñara. Gottfried ve sólo un lado del espejo, mientras que su joven esposa posee el don de ver las dos caras al mismo tiempo. Para él la superficie del cristal es una muralla opaca. Para ella el azogue es una lupa que multiplica la realidad. En ese laberinto de espejos construirá su obra, un reflejo que lleva a otro reflejo, una imagen frontal que de pronto muestra lo que oculta la espalda. Blanco y negro. Europa y África.

A Doris Lessing le gustan los *westerns*: en una entrevista reciente habla de *La legión invencible*, *El bueno, el feo y el malo* y *Había una vez en el oeste*. ¿Pero ha visto Doris Lessing esa película de Orson Welles que se titula *La dama de Shanghai*? En la última escena, la gran secuencia visual del laberinto de espejos, Orson Welles y Rita Hayworth se enfrentan al inevitable desenlace, mientras la imagen de ambos se multiplica mil veces como en un trágico calidoscopio. Quizá Doris Lessing no sabe todavía que su vida va estar llena de espejos en los que la realidad se da la vuelta.

En las fotos que se conservan de esa época vemos a una Doris Lessing desconocida. Lleva el pelo corto y ondulado, retirado de la cara, y posa increíblemente joven, seductora, a veces sentada sobre una cama que se adivina deshecha, a veces con un cigarrillo en la mano, adoptando una pose tan cinematográfica que uno diría que se trata de una estrella de cine. Ésa también fue la mujer, no la viejecita de pelo canoso recogido, la de los amplios ropajes y aspecto austero, la que escapará con su hijo, dos baúles y ciento cincuenta libras camino de Inglaterra.

El niño se llama Peter y tiene dos años y medio. En uno de los baúles lleva el manuscrito de su primera novela: *Canta la hierba*. También lleva consigo el inconformismo, la feroz independencia y la lucha incansable contra la resignación. De ese secreto equipaje no se desprenderá nunca.

En Inglaterra milita en el Partido Comunista y escribe todavía con África en la cabeza. Después de *Canta la hierba* publicará *Hijos de la violencia*, una serie de cinco novelas que nos llevan de mano de *Martha Quest* (la protagonista que da nombre al primer libro de la pentalogía, escrito en 1952) y que se prolonga en el tiempo con títulos como *Un casamiento convencional* (1954), *Al final de la tormenta* (1958), *Cerco de tierra* (1965) y *La ciudad de las cuatro puertas* (1969). En 1962, publica *El cuaderno dorado*, el libro que se convertirá en emblema del feminismo de los años sesenta.

Se hace mayor. Inglaterra es ahora el país en el que vive. Escribe sin descanso. Está viviendo su sueño, lo que no parecía posible. Publica sus novelas en el país de los cielos plomizos y las continuas lluvias. Su obra. Van apareciendo uno tras otro, *En busca de un inglés* (1961), *Un hombre y dos mujeres* (1963), *Cuentos africanos* (1965), *De nuevo el amor* (1969), *Instrucciones para un viaje al infierno* (1971), *El último verano de Mrs. Brown* (1974), *Diario de una buena vecina* (1983), *Si la vejez pudiera* (1984), *La buena terrorista* (1985), *El quinto hijo* (1989) *Mara y Dann* (1999), sobre su hermano y su hijo John, y también esa dolorosa y crítica visión de la progresía de los años sesenta, *El sueño más dulce* (2002), que ella considera el tercer volumen de sus memorias, aunque tenga forma de novela. En 1994 había publicado *Dentro de mí*, el primer tomo de esas memorias y en 1997 el segundo, *Un paseo por la sombra*.

Cuando quiso abordar el tercer volumen se dio cuenta de que lo que quería escribir podía afectar a personas todavía vulnerables. Y entonces con sus recuerdos hizo una novela. Un acta notarial de algo que se ha esfumado: el espíritu de los sesenta.

Se deja crecer el pelo, que ahora se ha vuelto gris, y se lo recoge en un sencillo moño. Los periódicos y revistas reproducen la imagen de una anciana imbatible de cabello gris y ojos claros que había levantado la voz contra todas las injusticias, primero la segregación racial, luego la lucha de clases, la discriminación de la mujer, las guerras, las invasiones, y que más tarde es capaz de elevar sus protestas sobre los abusos y confusiones de sus propias creencias, despotricando sin piedad contra el comunismo o el feminismo deteriorado, todo eso que pertenece a la más contundente realidad y que se proyecta como un hábil diaporama sobre sus obras de ficción. Como en ese laberinto de espejos. Y de pronto puedes reconocerla en otra mujer, esa mujer que escucha de su propio hijo: *Yo diría que cargas con más realidad de la que eres capaz de soportar.*

Es un 22 de octubre de 2002. Doris Lessing cumple hoy ochenta y tres años. Cuida de un gato al que unos adolescentes salvajes cortaron el rabo. Es un gato hurraño, pero ella lo ama.

Vive en una de esas clásicas casas de ladrillo adosadas en hilera con un pequeño jardín delantero y un secreto jardín trasero donde los vecinos se ignoran educadamente mientras recortan el seto.

A veces pasea bajo los árboles de Hampstead Heath. En la entrada de su casa hay un suelo de baldosas blancas y negras.

Se peina, abre una pulcra raya en el centro de su cabellera gris y recoge las hondas indómitas (como ella) en un sencillo moño de

abuelita de cuento. Pero Doris Lessing no es una apacible abuelita que teje bufandas.

Al otro lado del mundo, en Australia, un escritor sudafricano llamado Coetzee ha escrito una novela sobre una mujer que se llama Elizabeth Costello. Es una novela tan de verdad que casi no lo parece. Por eso el personaje se escapa, se filtra desde la ficción hacia la realidad, adquiere cuerpo, músculos, sangre, huesos cargados de osteoporosis (porque es una mujer mayor, una anciana combativa que ha hecho de la coherencia y el desafío su última bandera). Ese cuerpo fatigado por los años alberga un espíritu beligerante, polémico, que la lleva de aquí para allá como si todavía tuviera veinte años. Elizabeth Costello tiene un hijo que se llama John y que a veces le acompaña en sus viajes. Tiene también un gato al que le falta el rabo. Es un gato hurano, pero ella lo ama.

Elizabeth Costello lleva un vestido azul y una chaqueta de seda, es su uniforme de novelista. Se ha puesto unos aparatosos zapatos blancos y se ha peinado hacia atrás el pelo.

—El otro día alguien dijo de mí que yo era una escritora poscolonial —le dice a su hijo.

Y luego mira su imagen en el laberinto de espejos y ve a esa otra mujer que lleva el pelo gris recogido en un moño.

—¿Te llamas John o Peter? —pregunta al hijo que se está alejando.

Él no puede responder. Ya sólo están las dos ancianas frente a frente.

Y de pronto oye su voz, la voz de esa otra imagen que no reconoce.

—Yo viví en la región de Lomagundi, al nordeste de Rhodesia. Había una oscura jungla junto a los campos de maíz.

Elizabeth Costello no sabe quién es esa mujer, pero se ve obligada a responder.

—¿Es que usted también es una escritora poscolonial?

Doris Lessing recuerda el pelo rubio platino de Rita Hayworth, peinado hacia atrás, en la película de Orson Welles. Piensa que son ellos dos los que deberían estar aquí. Quizá entonces alguien podría responder:

—Alguna gente puede oler el peligro. Yo no.

Ochenta espejos cilíndricos de más de dos metros de altura. Muchos de ellos son deformantes.

—¿Poscolonial? —repite molesta—. No sé. Han dicho que soy un icono del feminismo, una comunista radical, una vieja furiosa que siempre está enfadada.

—¿Y es cierto?

—Sí, todavía estoy enfadada por las guerras, las desigualdades, el destrozo medioambiental.

—¿No se siente cansada a veces?

—Seguramente sí. Pero luego pienso que no puedo permitírmelo. Acaban de darme el Premio Nobel. Habrá cientos de entrevistas y discursos, me llevarán de un lado a otro. A lo mejor eso acaba conmigo.

—Ya. Conozco esa sensación. Quieren agasajarnos de la única manera que conocen.

—Pero nos exigen un mensaje. ¿Tenemos la obligación de transmitir un mensaje?

—Yo no soy una buena oradora. En ocasiones, cuando tengo que hablar en público, me falta el ánimo.

—Eso es porque nos sentimos rodeadas de cazadores de reliquias. Quieren vernos, oírnos en persona, y no se dan cuenta de que destrozan las voces interiores y los pensamientos sobre los que todavía tenemos que escribir. Nos queda poco tiempo y aún hay mucho que hacer.

Las dos mujeres están paradas frente a los espejos. Una lleva ese vestido azul con chaqueta de seda y la otra una falda vaquera y una cotidiana camisa de cuadros bajo el chaleco inglés de lana. Y parecen idénticas. Las dos están preocupadas.

Doris Lessing se pasa ambas manos por el pelo, como si quisiera ajustarse el peinado. Parece que estuviera sopesando su propia imagen.

—He ganado todos los premios —dice en un tono neutro, sin asomo de presunción—, todos y cada uno de ellos. Ahora tengo la colección completa, una escalera de color.

—¿Y el Booker? Es el principal premio de las letras inglesas.

—Ése no. Lo había olvidado.

—¿Piensa que Inglaterra le ha dado la espalda?

—No especialmente. Quizá no espero gran cosa porque a veces todavía me siento como una recién llegada. Vi esta ciudad desde el barco, cuando vine de África. Era una auténtica ruina, desconchada, agrietada, sucia y muy gris.

—Yo vivo en Australia. Es un país todavía algo salvaje, ¿sabe? Allí puedo escribir.

Elizabeth Costello descubre que está bamboleándose. Doris Lessing se ha sentado en el suelo. Tiene las piernas descuidadamente abiertas bajo su larga falda vaquera.

—¿Qué nos ha traído aquí? Somos las dos tan viejas...

—Nuestro brío. Debe de ser que estamos vivas.

—Sí, eso debe de ser. Que todavía tenemos cierta fuerza.

—¿Volverás a Australia?

—Sí. Estoy inmersa en un programa por los derechos de los animales. Tengo que seguir adelante. Mi hijo me preguntó hace poco si realmente creo que unas cuantas conferencias van a cerrar los mataderos. El mundo aún no asume que a los animales la vida les importa tanto como a nosotros. Así que tengo que seguir. No sé lo que quiero hacer. Lo único que no quiero hacer es quedarme callada.

Doris Lessing asiente. En muchas cosas está de acuerdo con esa mujer a la que contempla en la superficie de un espejo. Le parece extraño que así sea, al fin y al cabo sólo es un personaje ficticio, la invención de un escritor que se llama Coetzee y que, como ella ahora, también ha ganado el Premio Nobel.

—¿Cree usted que finalmente el viento se llevará nuestras palabras? —le pregunta a esa mujer extraña.

—Ya no —responde Elizabeth Costello.

Entonces Rita Hayworth dispara sobre el malvado Bannister (su marido) y cae también herida de muerte. Los espejos se rompen en mil pedazos.

En los trozos que aún se mantienen en pie se ve a los muertos de mentira tendidos en el suelo, y sobre ellos se reflejan, veraces y reales, el cabello gris de Doris Lessing, pulcramente recogido, y los zapatos blancos de Elizabeth Costello.